This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Spain 718.5

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

CASTELAR.

ANTONIO MARIA GODRÓ.

MADRID
1877

CASTELAR.

CASTELAR.

POR

ANTONIO MARÍA GODRÓ.

MADRID.
IMPRENTA DE R. LABAJOS, CABEZA, NÚM. 27.
—
1873.

Span 718.5
v

HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND
APR 3 1925

ES PROPIEDAD.

Amicus Plato, magis amica vèritas.

Durante los últimos años, en que tantas convulsiones han agitado á nuestra patria, cogí muchas veces la pluma con ánimo de llenar estas breves páginas. Dos encontradas razones me hacian siempre desistir de mi propósito. Temia á un tiempo menoscabar y engrandecer una gloria. Aun convencido de mi insignificancia, temia, en mi pequeñez, servir de obstáculo y servir de adorno á un triunfo. En los labios de cuantos se ocupaban de la cosa pública, en los centros literarios, en las columnas de la prensa periódica, en todas partes andaba el nombre de un orador. Los unos hacian una bandera de sus ideas, los otros una crítica de sus doctrinas, todos un elogio de su elocuencia. Cuando pronunció su primer discurso en el teatro de Oriente, él era casi un niño; yo lo era del todo. A pesar de eso, su nombre, á fuerza de escucharle, quedó en mis oidos. Cuando más tarde dió sus lecciones en el Ateneo, una noche fuí á oirle. Fuera

de los oradores sagrados, yo no conocia á los oradores. Todavía era yo niño, no podia formar juicio, y sin embargo, lo recuerdo perfectamente, salí triste, muy triste. Las tempestuosas escenas de la oratoria tribunicia me impresionaron vivamente. Aquellas convulsiones del auditorio sacudido por la torrencial palabra del orador como por la descarga de una pila eléctrica; aquella exaltacion del orador, enardecido por los aplausos del auditorio como el guerrero por el fragoroso estruendo del combate; aquel flujo y reflujo de entusiasmo que inundaba el salon con su oleaje; aquella palabra fácil, facilísima, tal vez demasiado fácil, pintoresca, apasionada, fulgurante, cerniéndose como un ave marina sobre aquellas olas espumosas, señoreando aquella tempestad llena de relámpagos; aquella palabra que yo escuchaba sin ver al que la producia, por impedírmelo la mayor estatura de *los hombres;* todo esto me causó una impresion entonces para mí inexplicable. Yo no podia decir que el orador no me habia gustado: yo no queria decir que me gustaba. ¡Su estilo era tan brillante! ¡Sus imágenes tan bellas! ¡Sus palabras tenian tal número! ¡Sus frases tal armonía! ¡Sus períodos tal cadencia! Pero ¡habia hablado tan acerbamente, con tan poco amor, con tan poco respeto, de cosas que yo amaba tanto, que yo respetaba tanto! Y no lo digo ciertamente por la tiranía, el oscurantismo y el ódio, cosas que ni respeto ni amo; sino por otras cosas que no son tiranía, oscurantismo ni ódio; sino libertad de libertades, luz de luces y amor de amores.

Refiero todo esto, no porque convenga hablar de mi pobre persona, sino porque conviene á mi propósito.

Pasaron los años, y el niño, que era yo, llegó á ser hombre; y el orador, que era Castelar, llegó á ser dipu-

tado y ministro. En este tiempo, ¡cuántas luchas, cuántas agitaciones, cuántos trastornos, cuántas amarguras, cuántas estériles contiendas! El ardor de estas luchas, el huracan de estas agitaciones, el terremoto de estos trastornos, el torrente de estas amarguras, el fragor de estas contiendas, condensados como una tromba, llevaban á Castelar, enamorado de un ideal político, de uno á otro punto de la Península, derramando siempre un diluvio de frases que, como el agua de las tormentas, pudiera ser bienhechora, pero puede ser tambien instrumento de asolacion y de ruina. Algunas veces aquella tromba le llevó fuera de su patria, donde un fallo terrible pesaba sobre su cabeza.

Yo me he encontrado con Castelar en alguna de sus excursiones por nuestras provincias. Me daba lástima. Las cumbres de la elocuencia, que son un Thabor, son tambien muchas veces un Calvario. No podia el orador detenerse en un punto, no podia pisar la calle, no podia reunirse con sus amigos, no podia abrir un balcon, sin que escuchase, repetida por millares de bocas, esta frase que estoy seguro ha oido en sueños muchas veces: «¡Qué hable! ¡qué hable!» Tengo para mí que allá en sus cortos momentos de reposo ha de haberse repetido á sí mismo las palabras que el autor de un drama moderno pone en boca de uno de sus personajes:

«Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintin
que ya me produce miedo:
«Divertidnos vos, Quevedo;»
y hablo... y los divierto al fin.» (1).

(1) D. Eulogio Florentino Sanz.

No hay nada más apasionado, pero tampoco más implacable, que esas muchedumbres que, con más ó ménos exactitud, se dan á sí mismas el nombre de *el público*. Y *el público* hacia hablar á Castelar en la tribuna de los liceos, en los salones de los casinos, en las ventanas de las fondas, en el circo de los acróbatas y hasta en las plazas de los toros. ¿Qué mucho que el orádor creyera necesarios, como dijo en Valencia, *una fragua por pulmones y un cañon Krupp por garganta?*

Y ¡qué gran corruptor es el público! ¡Cuántas reputaciones que hubieran sido legítimas, cuántas notabilidades que hubieran sido intachables, cuántos esfuerzos que hubieran sido fecundos, cuántas glorias que hubieran sido inmaculadas se han malogrado con el ruido de sus aplausos!

El nombre de Castelar se ha rodeado mucho de ese ruido; cien trompetas han aclamado sus *triunfos*; cien heraldos han anunciado sus *victorias*, y cien bocas han exclamado con el ardor del entusiasmo: «Es una gloria española.»

Esto me detenia. Yo no podia, sin faltar á mi conciencia, preconizar esas victorias, esos triunfos; yo no podia hacer la apoteosis de esa gloria. Pero son tan pocas las que tenemos al presente, cuenta hoy tan pocas esta España sin ventura, que yo no me atrevia á discutir esta que muchos daban por inconcusa. Temia, además, que se achacasen mis palabras á la mezquina pasion de las almas ruines: la envidia; temia se creyese que yo queria, como quiere siempre el orgullo, para ponerme una corona, arrancarla de otra frente más alta. Por eso callaba; pero callaba con dolor, callaba hasta con remordimiento, porque—fuerza es decirlo—veia aplaudido el error y el

sofisma, veia aplaudidas doctrinas deletéreas, ataviadas con espléndido ropaje....

Callaba y esperaba. Esperaba que templado el calor juvenil, acostumbrado al ruido del aplauso y al torbellino de la vida pública, tocadas sus doctrinas en la piedra de experiencias dolorosas que yo no podia prevenir, acrisoladas al fuego de tempestades que yo no podia conjurar, iria Castelar á refrendar los títulos de su gloria, al inmortal palacio de la verdad, único que puede frecuentarse sin que nos tachen de cortesanos.

Pero he dicho que si tenia escrúpulo de servir de obstáculo, aunque pequeño, á un triunfo, no le tenia menos de servirle de adorno, aunque mezquino. Esto era muy posible que sucediese. Castelar tiene una táctica especial para su defensa. O sea porque en la agitacion de su vida no puede atender á las objeciones que se le hacen, ó sea porque estas no llegan á su olímpica eminencia; sea imposibilidad, sea desden, es lo cierto que la mayor parte de las veces que se le ha impugnado no ha tenido por conveniente dar contestacion alguna. Cuando la importancia del impugnador, por uno ú otro concepto, han decidido á Castelar á la réplica; cuando todas sus razones no podian contrabalancear el peso de la razon; cuando el fiel se inclinaba al lado contrario, Castelar ha decidido la cuestion arrojando en el platillo, como Brenno su espada, el arma, más pesada que invencible, de su elocuencia. Cuatro frases de efecto; una vehemente invectiva; algun cuadro más ó menos pertinente, pero arrebolado con colores brillantísimos; un apóstrofe dicho con tono magistral y aire triunfante, han servido para contestar á las objeciones más fundadas, á los argumentos más graves del impugnador más lógico. Y el público de costum-

bre ha aplaudido como antes, más que antes; y aunque no se han atrevido á decir: «Ha triunfado,» han dicho sus obligados encomiadores: «*¡Le ha confundido!*»

Esto podia muy bien ser «cantar para ahuyentar el miedo,» pero esto era tambien bastante á arredrar á cualquiera que, no solo careciese de altos pensamientos, de ideas profundas, de erudicion vasta y de habilidad dialéctica, sino, lo que era peor en el caso presente, careciese además de fantasía, vehemencia y estilo para evocar imágenes, pintar cuadros y lanzar apóstrofes.

¿Por qué rompo hoy mi silencio? ¿Por qué me decido á dar á luz los pensamientos que tanto tiempo me han atormentado? ¿Es hoy Castelar menos temible? ¿Es menos elocuente. No. Entonces ¿por qué me atrevo á pasar ese círculo que él, como el Mefistófeles de Goethe—y no es por llamarle diablo—ha trazado en torno suyo para hacerse invulnerable? Necesito explicarlo.

Nada más lejos de mi intencion que escribir un libelo. Antes que acometer semejante empresa romperia cien veces mi pluma. Pero en los tiempos que alcanzamos conviene que el escritor defina bien sus propósitos y se abroquele contra todo linaje de sospechas.

Al paso que los triunfos de Castelar se han sucedido, sus doctrinas han fructificado. Cuáles sean sus frutos, patente está á la vista de todos. Él mismo nos ha dicho que *á veces piensa si ha agitado demasiado á su patria.* ¡Tardía reflexion! ¡Muy tardía!

La patria antes que todo, ha dicho Castelar últimamente; pues bien, la patria antes que toda consideracion; la patria antes que todo temor; la patria antes que todo recelo; la patria antes que todo. Y la patria sufre, la patria gime en mortal desmayo, porque un partido «á

»quien (1) rechazará la nacion entera como á un répro-»bo... aparenta *(¡aparental)* desmembrarla, aparenta »romperla en mil pedazos, aparenta destruir esta unidad »que llevamos en nuestros huesos y en nuestras venas, »que sentimos desde el Asia hasta América; esta unidad »que nos hace decir en el extranjero *soy español*, con el »mismo orgullo con que decia el romano *civis romanus »sum.*» La patria gime porque «el movimiento cantonal es »una amenaza insensata á la integridad de España; por-»que unos de esos cantones toman las naves, otros pira-»tean, aquellos fraccionan y dividen la unidad nacional; »los de más allá indisciplinan el ejército, y todos come-»ten tropelías sin número.» Por eso, como ve Castelar, la patria llora, la patria suspira, y si no llora y suspira todo lo que debiera, es porque ha gastado todas sus lágrimas, ha gastado todos sus ayes en gemir y llorar por otras cosas que le eran más caras que su territorio y sus naves y su ejército; por otras unidades más vitales para ella que las que lleva en sus huesos y en sus venas; por otras unidades que llevaba en su alma.

Yo bien sé que Castelar niega, y lo niega con conviccion íntima, que sus ideas y doctrinas tengan solidaridad alguna en las angustias presentes de la patria; pero esa negativa, que hace mucho honor á su corazon, honra poco á su talento. Conozco su modo de argüir en este terreno. Él atribuirá las espantosas escenas de Andalucía, Valencia y Múrcia á los errores de pasados gobiernos, como atribuia los horrores de la *Commune* á los excesos del cesarismo. ¿Y á quién atribuirá Castelar los excesos del cesarismo? Siguiendo su absurdo paralogis-

(1) *Castelar*. Sesion del 30 de Julio de 1873.

mo *post hoc, ergo propter hoc*, no podrá ménos de atribuir el cesarismo del último Bonaparte á la revolucion de Febrero, y el cesarismo del primer Napoleon á la revolucion del 93; y si sigue así subiendo en su lógica cronologista, habrá de confesar, mal que pese á su republicanismo, que el primer horrible delito, la causa de todos nuestros males y miserias, fué un abuso de libertad, no un abuso autoritario. Castelar olvida que los errores se relacionan fatalmente con los errores; que los que parecen más lejanos, tienen estrecho parentesco; que, palmeras de muerte, á leguas de distancia producen sus funestos abortos. ¡Oh! sí; es verdad: *La nacion entera rechazará como á un réprobo al partido* que la deshonra; ella le arrojará de su seno, como el mar escupe á la playa los cadáveres infectos; pero, sépalo Castelar: esos cadáveres escupidos sacarán rodeadas á sus cuellos rígidos, pegadas á sus cárdenos labios, enredadas en sus dedos crispados, las vistosas nacarinas perlas con que él engalanó sus discursos. Hay plantas que, siendo las mismas, en unas regiones no pasan de la pequeñez del arbusto y en otras alcanzan la corpulencia del árbol: esta es la mayor diferencia que puede admitirse entre las doctrinas de Castelar y las de las juntas cantonales. Pues qué, ¿no sabe Castelar que esos á quienes hoy niega el título de patriotas; esos que (1) «se »van á sublevar las provincias; que ponen una bandera »*odiosa y odiada* sobre el tope de las naves de D. Juan »de Austria y del marqués de Santa Cruz;» no sabe que «esos sublevados anónimos que se pierden hoy en su »irresponsabilidad y se pierden mañana en los abismos

(1) *Castelar*. 30 de Julio del 73.

»oscuros de donde no han debido salir jamás, y de don»de los ha sacado el antojo de las ciegas revoluciones;» no sabe que esos «bullangueros por naturaleza, que bus»can pescar un grado en el agua turbia de los motines »vergonzosos;» no sabe que esos «generales, con su his»toria manchada de sangre republicana, que se sublevan »contra la república porque la conciencia nacional no »consiente que ellos sean los primeros en la república;» no sabe Castelar, digo, que esos sobre cuyas frentes fulmina los rayos de su elocuencia, son, entre otros, «el ín»tegro (1), el constante, el leal, el valeroso general Con»treras,» de quien hace dos años decia Castelar que ha«biendo arriesgado tantas veces su vida por redimirnos á »todos, era injustamente un licenciado en el ejército, que »solo podia aspirar, bajo la dominacion de D. Amadeo, »á un estanco y á un canuto, perseguido como estaba y »acusado por sus amigos, que son ingratos, ingratos co»mo siempre?» ¿No se sabe que entre ellos se cuenta el que hereda el nombre, el prestigio y las tradiciones de «el director de la batalla del 22 de Junio, del héroe de »Paracuellos, del Bayardo de la libertad y de la demo»cracia?» ¿Y esos son *sublevados anónimos?* ¿Y su bandera es *odiosa y odiada?* ¿Y «han salido de oscuros abis»mos por el antojo de ciegas revoluciones?» ¿Y son «bu»llangueros por naturalcza, que andan á pesca de grados »en el agua turbia de vergonzosos motines?» ¿Y tienen una «historia manchada de sangre republicana?» ¿Y se «sublevan contra la república porque la conciencia na»cional no consiente que ellos sean los primeros en la re»pública?» Y... ¿á quien se lo cuenta el Sr. Castelar?

(1) *Castelar.* 23 de Junio del 73.

Pues qué, ¿ha olvidado aquella frase tan bonita (1): «cuando un régimen llega á perder de esta suerte á sus »mayores y más leales amigos, es porque se ha negado »á sí mismo y porque ciego, soberbio ó demente, ha que»rido deificarse y solo ha deificado su suicidio?» Y ¿á qué desluce Castelar su elocuencia con los gastados recursos de lanzar excomuniones sobre atentados horribles? Pues qué, ¿olvida aquello de que (2) «eso lo dicen todos los »gobiernos á todas las oposiciones, y como le llegan las »noticias de Paris por el camino de Versalles, se nos pin»ta un Paris hecho un antro, cuando en Paris,»—como si dijéramos en Andalucía, Valencia ó Múrcia,—«no se »hace otra cosa más que defender la república contra »una maquiavélica mayoría que ha sorprendido á la »Francia?»

¡Ah! Castelar ya no puede tener autoridad entre los suyos, porque despues de haber dado las premisas quiere cortar el hilo del argumento; no la tendrá nunca entre sus adversarios sin abdicar de todas sus ideas. Solo Dios puede lanzar el rayo y pararle en su camino; solo él puede desencadenar las tempestades y serenarlas con blandos céfiros. Castelar ha querido hacer prodigios, y ya *para nadie hace milagros.* Cambiadas pocas palabras, las que se refieren á los distintos principios, yo puedo hoy decirle lo que en el año 71 (3) decia él al ministerio presidido por el duque de la Torre: ¿Quiere Castelar la subsistencia de todas las teorías que ha predicado? Se pierde el gobierno, la mayoría y los republicanos

(1) *Castelar.* 23 de Junio del 71.
(2) *Castelar.* 21 Abril del 71.
(3) 22 Junio.

benévolos, porque todas esas teorías son *pólvora* bajo sus escaños y poltronas. ¿Quiere *abolirlas?* Entonces *ha abolido la legitimidad* de la república. De suerte que yo aconsejaría á Castelar que *entonase* á sus doctrinas este antiguo cantar español:

Ni contigo ni sin ti
mis penas tienen remedio;
contigo, porque me matas,
y sin ti, porque me muero.

Para señalar este callejon sin salida,—y no hay que echarlo á mala parte,—escribo estas páginas.

Callé cuando Castelar predicaba funestas doctrinas; hablo hoy que, con voz más ó ménos autorizada, reclama *órden*, *paz* y *justicia*; luego yo debo ser más duro que un canton y más rojo que un pimiento. Preveo esta objecion, y la salgo al paso.

Hasta ahora, Castelar, *profeta* (1), *sábio en el ideal*, pero con *poca experiencia*, *abarcaba todo el cielo del pensamiento*. Pero hé aquí que, asustado por algunos cometas sangrientos que han aparecido en ese cielo, ha vuelto sus ojos á esta tierra en que moramos los pobres mortales y ha encontrado lleno de *hoyos* el camino; por eso grita. Ahora, pues, que está cerca de nosotros, conviene hablarle y decirle que esos baches que tanto le asustan debidos son á las inclemencias de su cielo: que si no se lo advertimos, en cuanto se alejen un poco los pavorosos cometas, se vuelve á extasiar en la contemplacion de su arrobador firmamento, á cantar sus grandezas, y... á embarrancarnos para un rato.

---

(1) *Castelar*. 30 Julio 1873.

No crea que voy á dirigirle reconvenciones de aquellas (1) «que acompañan siempre á todos los predilectos »de la fortuna como de la gloria, cuyas flaquezas se ven »más por lo mismo que se ven más tambien sus gran»des cualidades.»

Dadas las anteriores explicaciones, no supondrá que escribo (2) «porque no alcanzo á comprender las *tran*»*sacciones con la realidad*, á que se ven obligados todos »los talentos políticos que comprenden de la realidad las »grandes impurezas.»

---

(1) *Castelar*. Semblanza de Gambetta.
(2) Id., id., id.

Hay un anatema que Castelar tiene siempre á la mano, y que fulmina á todas horas, lo mismo sobre la generacion presente si tuerce sus caminos, que sobre la juventud si desconoce su mision altísima; lo mismo sobre los que votan la monarquía, que sobre los que no se calan el gorro frigio: «la eterna maldicion de Dios y la »eterna reprobacion de la historia.» ¡Fallos terribles! ¡Tremendas sentencias! Porque, en efecto, «hay (1) algun »testigo que no se deja sobornar, y es la historia; hay »algun juez que no se deja engañar, y es Dios.» Este Dios es grande, pero los conminados por Castelar con la maldicion divina deben recordar para su consuelo que, segun él nos dijo, (2) «hay un Dios más grande, »más grande todavía, que no es (!) el majestuoso Dios »del Sinaí.»

Ahora bien: como todo cae bajo la competencia de estos tribunales, ¿cuál será el fallo que con respecto á Castelar dictarán Dios y la historia? Dios lo sabe, y la historia lo dirá en su dia. Vamos nosotros entre tanto

(1) *Castelar*. Semblanza del Dr. Veron.
(2) Véase su rectificacion del 12 de Abril de 1869.

examinando los autos que ha de avocar á sí el tribunal terrible. El mismo Castelar, en sus *Semblanzas*, nos ha enseñado á quebrantar el sigilo de estos autos.

Una de las pasiones que más caracterizan á Castelar, es su pasion por la elocuencia. Escuchadle, y ved con qué entusiasmo habla de ella (1): «La palabra tiene vida, »como la naturaleza; tiene luz, como el cielo; tiene la »profundidad del mar, y parece como que compendia en »sus fugaces giros el Universo. La palabra construye »como la arquitectura, esculpe como el buril, pinta como »el pincel y canta como la música.—Pero cuando la »palabra baja de la tribuna á las Asambleas; cuando se »enciende en los grandes pensamientos y corre á alimen»tar las grandes pasiones; cuando truena sobre una mul»titud y la agita como el viento el mar; cuando pasa de »las melodías de una música dulce y tierna á los arreba»tos de una pasion tempestuosa, entonces hasta llega á »confundirse más íntimamente con el espíritu que el ca»lor está confundido con la luz.—Yo no conozco satis»faccion comparable á la de un orador que tiene bajo su »palabra una multitud, la cual se enternece si él se en»ternece, llora si él llora, se indigna si él se indigna, y »forma con el alma de aquel hombre un alma universal, »el alma de una Asamblea, especie de catarata de pa»siones que cae rugiendo á los abismos y se levanta en »vapores al cielo á descomponer en espléndidos íris los »matices del éter que flota en el espacio.—El orador »comparte con el guerrero las dádivas de la populari»dad. Ora sea por el brillo de tan grande ministerio del »espíritu, ora por la comunicacion más íntima y más

(1) *Castelar*. Semblanza de Julio Favre.

»continua con el pueblo, ora por el recuerdo de las emo»ciones que ha despertado una palabra elocuente, emo»ciones á que no llegará jamás ningun otro arte, lo »cierto es que los oradores gozan siempre de una repu»tacion universal, llevan su nombre desde los salones »hasta las cabañas, y agitan y arrastran en pos de sí las »inquietas muchedumbres.—Miradlos en medio de las »grandes Asambleas, circuidos por la multitud, embria»gados por el licor divino de la inspiracion; despidiendo »de sus nerviosas manos, agitadas por la electricidad »del sentimiento, relámpagos que iluminan; y de sus »lábios, vibrantes como una arpa, toda una miriada de »luminosas ideas; acompañados por los clamores de la »multitud, que se conmueve, y aplaude, y grita en torno »de la tribuna, como el oleaje en torno de un escollo; y »decid despues si conoceis espectáculo más bello en la »sociedad que este espectáculo, y soberanía intelectual »más poderosa en el mundo que la soberanía de la elo»cuencia.» Cierto, certísimo: la elocuencia es una soberanía; pero así como el poder cuando se separa del derecho, la elocuencia cuando se separa de la verdad, su ley suprema, ya no es soberana, es tiranía; tiranía que, como todas, produce desastres y engendra esclavos. Téngalo Castelar muy presente.

Allá por los años de 1854, Castelar contaba veintiuno. Haciendo las semblanzas de Jules Favre y Gambetta, él mismo nos ha trazado rasgos de su propia semblanza (1). «Esta alma tormentosa retorcíase y bramaba en »la oscuridad. El renombre, la fama le eran, como la luz »á la planta, como el aire al ave, de todo punto indis-

(1) *Castelar*. Hablando de Gambetta.

»pensables. Las instituciones le sepultaban tristemente »en las sombras. ¡Cuántas veces allá, en las tribunas del »Congreso, inclinado sobre el antepecho, seguia absorto »las grandes discusiones, impaciente por bajar á la en- »cendida arena, donde el porvenir le tenia reservados »triunfos que retardaban las entonces vigentes institucio- »nes! *Por eso* (¡por eso!) todas las ideas de su mente, to- »dos los afectos de su corazon, todas las cóleras conteni- »das en su hígado, se concentraban como espesa nube en »esta aspiracion única, destruir aquellas instituciones pa- »ra destruir con ellas todas las cadenas que, *segun él*, »pesaban sobre el impulso ascendente de las generaciones »hácia la vida, hácia la luz, hácia el derecho.»

Llegó la ocasion (1). «El partido progresista ensayaba »por última vez aliar la libertad con la dinastía» borbónica, y Castelar, «jóven y desconocido» (2) pedia, hasta el punto que le dejaban pedirlo, «que la revolucion lle- »gase hasta sus últimas consecuencias;» pedia todas las libertades menos una—recuérdelo bien—menos una de las que despues más ha ensalzado: y no pedia esta, por la razon poderosa de que muchos reaccionarios la habian pedido. «Los tiempos no estaban maduros para las ideas» de Castelar; por eso las ideas de Castelar se estrellaron en la dureza de los tiempos. «Su vocacion principal era »la vocacion política. Naturalmente su criterio político »estaba en completa discordancia con el criterio legal de »la monarquía.» Sus discursos, *sus artículos* en los periódicos que colaboraba ó dirigia, «eran tachados de in-

(1) *Castelar*. Discurso en Alicante, 18 de Setiembre de 1872.
(2) *Castelar*. Semblanza de Favre.

»cendiarios.» «Era (1), es y será un polemista, no tanto »por la fuerza de sus argumentos, como por la violencia »de su estilo. En sus polémicas atraíase unas veces la »reprobacion de los ministros por tocar á rebato electo»ral, y otras veces graves sentencias de los tribunales» por sus duras apreciaciones de *rasgos* muy encomiados.

«Los comienzos (2) de su oratoria eran lo que despues »ha sido esta siempre.—No balbuceaba palabras, pero »balbuceaba formas: no tartamudeaba en la articulacion »de los sonidos, pero tartamudeaba en la articulacion de »las ideas. Decia un pensamiento de diversas maneras, »con formas distintas, por una série de ensayos rápidos, »hasta encontrar la expresion más adecuada y la forma »más perfecta.»

Cuando dió sus *Lecciones* en el Ateneo acerca de *la civilizacion en los cinco primeros siglos de la Iglesia*, aparecieron de relieve sus errores filosóficos, sus equivocaciones históricas y sus grandes contradicciones. *En la construccion de mi enseñanza* (3) *he atendido más (defecto inevitable de mi carácter) al arte que al rigor científico.* Así lo dice él, y debemos creerle. Ahora bien: la verdad es indudablemente la primera exigencia del *rigor científico*: cuando más que á este rigor se atiende al arte, debe ser por un grande, por un exclusivo, por un exagerado amor al arte. Y las causas de este amor pueden ser dos (porque no quiero injuriar á Castelar con otras suposiciones): puede amarse el arte por el arte, y puede amarse el arte por los aplausos. Cuando se ama el arte por

---

(1) *Castelar*. Semblanza de Mons. Dupanloup.
(2) Semblanza de Favre.
(3) *Castelar*. *Lecciones*, pág. 341.

el arte, no se pone mano en obras, no se acometen empresas que exijan como condicion precisa el rigor científico; no se dan lecciones en el Ateneo sobre cuestiones históricas; no se perora en los casinos sobre cuestiones sociales; no se habla en el Parlamento sobre cuestiones políticas; no se tocan en ninguna parte las cuestiones religiosas: cuando se ama el arte por el arte, se escriben, si acaso, novelas, se hacen leyendas, se dan comedias al teatro, en las que no hace falta más que la verosimilitud, la verdad poética. Los que *atentos al arte más que al rigor científico* hablan de ciencia y de historia, de religion y política, esos pintados están por el filósofo de Koenisberg, á quien Castelar llamó *grande*, por Manuel Kant, que hablando en la introduccion de su *Lógica* (pág. 12.) de los dialécticos griegos, dice «que eran abogados y retóricos que llevaban al pueblo por donde querian, porque el pueblo se deja llevar por apariencias.» El mismo Castelar ha pintado perfectamente en sus *Lecciones* á los *sofistas*. «El mal más grave, dice, de los sofistas, era su amor á los aplausos, su desamor á la verdad. »No buscaban lo cierto, buscaban lo agradable. Se postraban siempre ante el favor del público que los rodeaba, no imponiendo ideas, sino halagando instintos muchas veces odiosos. Con igual facilidad sostenian el pró »y el contra. Su reclamo era el vil interés...»

Habia entre los sofistas griegos alguno como Antifon, de ánimo inquieto, dedicado á la enseñanza, agitador de las masas y el populacho, republicano, conspirador con Pisandro. Un escritor moderno (1) ha retratado

(1) Citado por el Sr. Carbonero y Sol en la excelente revista religiosa *La Cruz*.

tambien de un modo admirable á los sofistas con los colores que le dió Platon en su diálogo *Gorgias*:

«Los sofistas eran unos parlanchines, una especie de »cómicos callejeros, oradores de pró y contra, que traian »engañada á la juventud. Poseian algunas reglas de dia»léctica para abusar de ella, algunos conocimientos filosó»ficos, y la parte material de la retórica, sobre todo la »de los tópicos. No tenian principios fijos, lo que les ha»cia dar en grandes desbarros, aun en las materias más »importantes. En las de religion no eran escrupulosos, »ni en la teoría, ni en la práctica, y no mostraban mu»cha aficion á las creencias comunmente admitidas, por »lo que fueron tenidos por ateos.»

Tambien Castelar habló de los *sofistas* en sus *Lecciones* del Ateneo: tambien habló de la escuela de Gorgias; y al ocuparse de ella, creyó llegada la ocasion oportuna, y que parece anhelaba, de lanzar furiosa invectiva contra el ilustre autor de *El Ensayo*, por su verdadera elocuencia, *gloria de nuestro siglo*; contra el gran pensador, *caido* (1) *en los delirios de las escuelas místicas*, el *de la elocuencia apocalíptica;* contra el insigne Donoso, gloria preclara del español Parlamento, en el cual hoy no se escucha más que *elocuencia parva;* en el cual, desde que él no habla, sí que parece que *faltan el Sinaí y la tempestad.*

«De suerte, decia Castelar, que esta escuela de Gor»gias tiene muchos puntos de relacion, señores, con cier»ta escuela que, dándose por muy religiosa y moral, »sostiene que la razon y el absurdo se aman con amor »invencible; error indigno, propio solo de grandes so-

(1) *Castelar.* Semblanza de Mons. Dupanloup.

»fistas que, menospreciando así la obra más perfecta »del Creador, acusan gravemente á la Providencia... Y »así, señores, los que borran la razon humana, borran y »oscurecen el alma del hombre, y despues de matar la »libertad, fuente de toda moral, base de toda sociedad, »escupen una blasfemia horrible á la frente del Eterno.»

Para apreciar la justicia de la invectiva de Castelar, no hay sino traer á la memoria que cuando el elocuentísimo marqués de Valdegamas escribió en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* que «entre la razon humana y lo absurdo hay una afinidad »secreta, un parentesco estrechísimo,» añadió que «el »pecado es quien los ha unido con el vínculo de un in»disoluble matrimonio.» Si recordamos pues, que Donoso hablaba de la razon humana «despues de la preva»ricacion del hombre,» porque, como él decia, «el hom»bre prevaricador y caido no ha sido hecho para la ver»dad, ni la verdad para el hombre prevaricador y caido;» si notamos que la verdad de que venia hablando era la verdad revelada, «depositada en la historia desde que »resonó en el mundo la primera palabra divina,» ¿dónde está el «error indigno,» la «grave acusacion á la Provi»dencia,» la «blasfemia horrible escupida á la frente del »Eterno?» Y si consideramos que Castelar dió la cita mutilada para tener razon; si consideramos que no faltó quien se lo advirtiera (1); si á pesar de estas advertencias y despues de algunos años que ha tenido para comprobarlas, ha vuelto á repetir, y en la misma, mismísima forma, su acusacion á Donoso, en la «Semblanza del

(1) Véase el precioso libro de D. Juan Manuel Orti y Lara titulado *La sofistería democrática.*

»obispo de Orleans,» todo por *¡aplastar á Donoso Cortés!* ¿quién es aquí el sofista? ¿Quién es Gorgias?

Volvamos á las *Lecciones* de Castelar en el Ateneo (1). Tenemos que probar lo que dejamos dicho: que en ellas puso de relieve sus errores filosóficos, sus equivocaciones históricas y sus grandes contradicciones. Es muy fácil.

«Nada hay, decia el mismo Donoso, ni ménos católico, »ni ménos racionalista, que entrar á saco la ciudad ra»cionalista y la ciudad católica, tomando de aquella las »ideas con todas sus contradicciones, y de esta las vesti»duras con todas sus magnificencias.» Pues esto, que ni remotamente es católico ni racionalista, aparece en las *Lecciones* de Castelar. Aquella pradera vistosamente festoneada de flores, está sembrada de torpes é inmundos insectos, insectos que ajan y ensucian aquellas flores, y á lo mejor se devoran unos á otros entre la pompa del follaje.

En una parte el cristianismo es «el alma de la civiliza»cion,» y en otra, «la ciencia, creacion superior á la na»turaleza, y en la que vive el hombre enteramente libre »y con toda su espontaneidad,» es la que «ha de resolver »todos los problemas políticos y sociales:» aquí aparece Dios «produciendo de su seno la vida,» allí «la creacion »infinita y absolutamente libre,» y más allá «el espíritu »real, verdadero, uniforme, que se realiza en brillantes, »y varias y múltiples manifestaciones y que se llama »humanidad;» acá se traduce y adorna la doctrina hegeliana, afirmando que «la contradiccion es la ley de la »naturaleza y la ley del espíritu:» de la naturaleza, porque hay luchas como las de la esencia con la existencia

(1) Véase para esto el citado libro del Sr. Orti.

de los cuerpos (!) y los cuerpos con los límites: del espíritu, porque para que Cousin pudiera decir (1) que «el »Dios de la conciencia es uno y muchos, eternidad y »tiempo, espacio y número, individualidad y totalidad, »colocado en la cima del sér y en su grado más humilde, »infinito y finito, á la vez Dios, naturaleza y humanidad;» para que el prusiano Hegel no careciese de fundamento para sacar sus tremendas deducciones del principio de que el sér y el no sér son una misma cosa, *sein und nichts sind dasselve;* un (2) «*gran filósofo*, Kant, hi»zo un inmenso servicio á la ciencia, manifestando en su *Crítica de la razon pura* el carácter antinómico de »nuestra conciencia;» y en otra parte, despues de felicitar á Kant en nombre de la razon y la filosofía, sin duda por haber probado en sus *antinomías* la impotencia de la filosofía y la razon, se dice que «esas antinomías no son »insolubles;» que Kant solo alcanzó una parte de la verdad; que «la contradiccion es *la forma* de la idea; pero »que «así como el cuerpo y el alma, contradictorios (!), »se reunen en una armonía superior, que se llama hu»manidad, hombre, que es á un tiempo alma y cuerpo, »y algo superior á esos dos elementos (!!), así toda idea »se resuelve en una síntesis suprema.» En un lugar se dice que «el Verbo cristiano es la manifestacion (!) real, »humana del Dios eterno en el tiempo,» y en otro que «el Verbo es la eterna palabra, la eterna idea de Dios »encarnada en nuestra forma,» de donde hay que concluir que nuestra forma es eterna, ó que no lo es el Verbo.

---

(1) Fragmentos de filosofía.
(2) *Castelar. Lecciones.*

En un punto se afirma que «el culto cristiano es la »exaltacion de la humanidad (!), y de aquí el Sacramen- »to divino de la comunion del hombre con Dios (!!!),» y en otro se asegura que «en San Pablo empiezan (?) los »tiempos verdaderos de la fé;» se le presenta como si fuese un ecléctico fabricando su teoría con elementos heterogéneos; «produciéndo sublevaciones,» y levantando frente á San Pedro, «que es el instinto de la conserva- »cion,» la bandera del «instinto del progreso;» pintando de este modo como un innovador de la doctrina de Cristo á aquel que no creia saber otra cosa, *sino á Jesucristo y este crucificado* (1).

Estas son las doctrinas filosóficas y religiosas de Castelar. Veamos ahora lo que la historia es á sus ojos y en sus manos.

Al ver la frecuencia con que la nombra, cualquiera creeria que para él, como para Bossuet, la Providencia es la ley de la historia. Pero decia Cousin que el nombre de Dios es en los labios de algunos tan solo una figura retórica, y Castelar, para que alguno sin duda no le culpe de aquel «exceso de imágenes» (2), que tan poco le inquietaba en los principios de su vida pública, ha *desfigurado* él mismo su estilo en este punto, diciendo que la Providencia divina «es en la historia todo *el ór- »den lógico;*» y añadiendo: «Ya lo he dicho, señores; »toda institucion por una fuerza *dialéctica incontras- »table*, como la fuerza misma de las grandes leyes de la »naturaleza, viene á enlazar unos tiempos con otros »tiempos, unas sociedades con otras sociedades, unas

(1) 1.ª Corint.—II.—2.
(2) Prólogo de su primer tomo de *Discursos*.

»ideas con otras ideas, como *puntos* intermedios y *ne-*
»*cesarios de la lógica*, *série* que la humanidad recorre
»en su camino.» Luego la Providencia, tal como Castelar la entiende, teniendo bajo su mirada la humanidad que recorre una «série lógica» de «puntos necesarios,» no puede ser libre; y la Providencia no libre se llama *fatalismo;* y erigido el fatalismo en ley de la historia, ¡adios la libertad que Castelar tanto ensalza! y sin la libertad en la boca, ¡adios la miel de sus labios!

Y no se nos diga que el individuo es libre y solo la humanidad sigue *la incontrastable fuerza dialéctica*; porque si la humanidad es aquel «espíritu real, unifor-
»me, que existe sobre el individuo, sobre la naturaleza,
»y que se realiza en brillantes y várias y múltiples ma-
»nifestaciones;» si este espíritu «en el alma de Sócrates
»se individualizó, se concretó, se elevó á la conciencia
»de sí,» estamos en el panteismo, y la libertad humana vuelve á perderse en el absoluto panteista.

Pero no se crea que, segun Castelar, la libertad humana subsiste mientras la humanidad es arrastrada por el torrente de esa «dialéctica incontrastable,» en la que el naturalismo y la idolatría, la revolucion y la impiedad, son *puntos necesarios*. Segun él, tambien la libertad es anulada por la *série lógica;* oidle si no:

(1) «Yo, que creo en la Providencia (léase «en el ór-
»den lógico») y en el progreso, comprendo que Dios
»mandó para sus providenciales fines á los enciclopedis-
»tas á la tierra; pero cuando los veo escoger por arma el
»ridículo, adulterar toda la historia, menospreciar los

(1) *Castelar. Lecciones.*

»grandes sentimientos religiosos, tener por vanos engen-»dros de imaginaciones calenturientas los dioses que han »protegido la vida de los pueblos, los dogmas que han »alimentado el hambre (?) del espíritu, los cultos más ó »ménos poéticos que han sido el consuelo de tantas gene-»raciones, su inspiracion, su dulce luz; cuando los veo »penetrar con su lógica en esa misteriosa region de la »conciencia, donde vive como en su seno Dios, y allí »combatir los principios más arraigados en nuestra na-»turaleza, y despues penetrar en la historia y mofarse »de los grandes y cruentos sacrificios que el hombre ha »hecho para acercarse á lo absoluto, para poseer el co-»nocimiento de la verdad, para ligarse con el cielo, como »con mística é invisible cadena, levanto mi espíritu al »Criador, y le pido que *no me confie nunca destinos providenciales, que exigen emplear esas armas.*» Hé aquí los enciclopedistas obrando fatalmente, y Castelar, temiendo que *el órden lógico* le asigne estos *puntos necesarios*, en cuyo caso tendrá, segun él, que proseguir esa obra de la enciclopedia que tanto le aterra, y que, sin embargo, ha ensalzado muchas veces. ¡Y esto es un historiador liberal! Pero volvamos á la historia.

Sabido es que cuando directa ó indirectamente se ha negado la Providencia en la historia, ha sido preciso idear mil sistemas, preconizar mil delirios y despertar á veces esas teorías que en dias de bonanza duermen como los mónstruos marinos en el fondo del Occéano, pero que en dias de tormenta suben á la superficie y flotan un momento sobre la roja espuma de las revoluciones. Por encima de esas nieblas del sofisma, más arriba de las nubes del error y la mentira, inmutable, sereno, radiante y purísimo brilla el sol de la Providencia. Y de tal

modo ilumina la historia con sus rayos, de tal modo la ilumina con sus resplandores, que el nombre de Dios aparece escrito en todas, absolutamente en todas las páginas del libro de los sucesos. Así se explica que cuando se ha querido borrar ese nombre, cuando se le ha raspado en las páginas de la historia, la historia ha quedado en blanco.

¡Una historia en blanco! ¡Oh! ¡Esto será terrible para el pueblo, que perderá de este modo los títulos de su gloria, las venerandas tradiciones de sus mayores! ¡Esto será terrible para el pueblo, que perderá las enseñanzas de lo pasado, el secreto de lo presente, los frutos de la experiencia, que habrá de comprar muy caros! Pero esto, en cambio, es muy cómodo, sumamente cómodo para los sofistas. Dadme un pueblo que desconozca su historia, dadme un pueblo con la historia en blanco, llamad á los sofistas, y el más hábil ó el más descarado tomará el libro en sus manos, y haciendo como si leyera, haciendo que hace historia, segun un corriente galicismo, sorprenderá á las atentas muchedumbres con cuantas invenciones le sugiera su capricho ó su ódio. No os asusteis entonces de oir las especies más peregrinas, las apreciaciones más extrañas, las más estupendas noticias; no os asusteis de ver la historia «levantada sobre la ley de »contradiccion,» y en virtud de esta ley la raza semítica con solo «la idea de Dios, antitética (!) á la idea sacro»santa de la humanidad de la raza indo-europea, que fué »por el mundo cincelando al hombre para hacerle digno »de recibir en su seno al Dios velado por los semitas;» no os asusteis de ver estas dos razas «unidas por el cris»tianismo, que es la armonía de todas las grandes opo»siciones históricas;» no os asusteis de ver al «hombre,

»hijo de la naturaleza (!), suspendido primero á ella co»mo el niño al pecho de su madre,» y creando el naturalismo; trocando despues «el sentimiento sencillo» del fetichista «en una larga série de dogmas depositados en »la conciencia de los sacerdotes,» y creando la idolatría; conociendo luego «que el alma encierra un criterio su»perior al criterio de los sacerdotes, una moral más pura »que la moral pagana,» y creando el antropomorfismo homérico, que á su vez debia preparar al espíritu humano «á recibir una verdad más alta, el cristianismo;» no os asusteis, en fin, si en los labios de alguno de esos historiadores terribles, si en la *buena memoria* de alguno de esos catedráticos á quienes se borran los apuntes de cátedra por llevarlos frescos en el bolsillo, aparece la historia entre algun texto inédito de San Pablo, diciendo que «la Iglesia maldijo la ciencia,» «ha amortizado el »espíritu humano en sus manos,» «reprueba la concien»cia y el derecho,» y «hace esclavos á los hombres;» que Inocencio III era esclavista; que Pio V fué regicida; que San Vicente Ferrer predicaba matanzas, y que en tal sala ó en tal *loggia* del mismo, mismísimo Vaticano, «hay un »fresco pintado por Vasari, en el cual está un emisario »del rey de Francia presentándole al Papa la cabeza de »Coligny, y un fresco—¡muy fresco!—donde están, en »medio de apoteósis, en medio de ángeles, los verdugos, »los asesinos de la noche de San Bartolomé.»

Naturalmente, con tanta *frescura* habia de congestionarse el cerebro de los historiadores que la padecen, y puestos ya en delirio, entran por la historia eclesiástica, por los anales de los Pontífices, por las vidas de los santos, como D. Quijote por los rebaños de ovejas, alanceando á diestro y siniestro, creyéndoles descomunales

gigantes y descomedidos malandrines ó desaforados ejércitos de «Alifanfaron de la Trapobana.»

«Mentir en un libro de viajes, ha dicho Castelar (1), »mentir en una obra de historia, parece cosa liviana á »primera vista, y mucho más cuando se piensa en la »frecuencia del caso, que embota la reprobacion del jui»cio. Y sin embargo, mentir, quita autoridad á la obra »y quita moralidad al escritor. De nada sirve, absoluta»mente de nada, esta creacion trabajosa del pensamien»to, estas centellas que á duras penas salen del cere»bro, si no han de llevar un poco de luz á la concien»cia, de moralidad á las costumbres, de consuelo á la »vida.»

Voy presumiendo que *el órden lógico* ha confiado á Castelar «*destinos providenciales* que exigen emplear »armas» tales como las de «adulterar toda la historia y »menospreciar los grandes sentimientos religiosos;» armas que, con ser por Castelar tan reprobadas en los enciclopedistas, «hicieron—¡oh *ley de contradiccion!*— »que las ideas abstractas (2) de la filosofía pasasen á »ser patrimonio del sentido comun de los pueblos, mer»ced á los grandes escritores franceses del pasado siglo, »por la elocuencia, por la sátira, *por la maravilla in»mortal de la enciclopedia.*»

Cierto dia, allá en la poética ciudad que baña el Tórmes, «alta la ropa, erguida la caramba,» caminaba una tendera, llevando delante una su hija, muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas. La cual, como acertase á pasar por delante de un loco, dijo este á la ma-

(1) Semblanza de Alejandro Dumas.
(2) *Castelar.* Discurso en 19 Octubre 1871.

dre: (1) «Muy bien habeis hecho en empedralla, porque se »pueda pasear.» No digo yo que haya de aplicarse de todo en todo esta sentencia al orador republicano, pero sí le aconsejo que cuide de no pasear muchos de sus *períodos redondos* por donde puedan tropezar al licenciado Vidriera, que magüer sea loco, puede decirle alguna sentencia... á la madre.

Y ¡qué redondos son los períodos de Castelar! ¡Cuánto dije en sus peroraciones! ¡Qué de galas en su elocuencia! ¡Qué de perlas en su oratoria! Aquello es un vistosísimo juego pirotécnico, un diluvio de cohetes, carcasas y bengalas; aquello es una regata de góndolas empavesadas de todos colores; aquello es una bandada de mariposas descomponiendo la luz en mil encendidos cambiantes, desvaneciendo la vista en mil encontrados giros. Los apotemas de todas lás escuelas filosóficas en cada *punto de su desarrollo dialéctico;* los dogmas de todas las religiones, en cada *grado* de su *lógico progreso;* el paso de las generaciones, en cada etapa de su largo camino; la infinita miriada de ideas de todos los siglos, en sus varios caractéres y en cada una de sus fases; la nota del arpa hebrea; el aura perfumada de los babilónicos jardines de Semíramis; el *Ramayan* y el *Mahabarat* de los gimnosofistas de la India; los obeliscos egipcios; las doctrinas de los magos y el lujo y las conquistas de los sátrapas persas; las interminables dinastías del «celeste imperio,» la alegre música de las *teorías*; los guerreros espartanos; los sabios legisladores atenienses; las palmas de Maratón y Salamina; los laureles de Platea y Micala; la falange macedónica; la rozagante púrpura Alejandrina; la repú-

(1) *Cervantes. El Licenciado Vidriera.*

blica romana; el polvo de los juegos olímpicos; las tempestades del Aventino; los misterios de las selvas y el canto druídrico de los sacerdotes galos; las monstruosidades imperiales; los manjares del *triclínium;* la rudeza germana cayendo como una avalancha sobre el imperio; la pompa bizantina; la cultura y las algaradas del almohade y el almoravide, del zegrí y el abencerraje; la campana llamando al Ave-María y el *muezin* llamando á la azala; la epopeya española; los héroes francos; la ferocidad normanda; el señorial castillo; el canto de los juglares; el laud de los trovadores; la fé de los cruzados; las instituciones municipales; la imprenta, la brújula, la pólvora, San Luis y Juana d'Arc, Dante y Boccacio, Tasso y Ariosto, Enrique IV y Cárlos V, Guillermo Tell y los condottieri, Rienzi y Marino Faliero, Massaniello y Savonarola, Rafael y Buonarroti, Colon y Cortés, Aretino y Cellini, Lutero y Melancton, Cervantes y Lope, Camoens y Shakspeare, Mozart y Palestrina, Federico de Prusia y Catalina de Rusia, Austriacos y Borbones, Voltaire y Rousseau, Luis XIV y Marat, Mirabeau y Danton, Robespierre y Bonaparte, Washington y Lincoln, Donizetti y Bellini, Rossini y Meyerbeer, «el obispo de »Orleans, el doctor Veron, la marquesa de Osvault y »Mazzini» (1); todo este remolino histórico levantado por una peroracion brillante; todas estas evocaciones, multiplicándose como las imágenes de espejos paralelos; todo esto, ordenado con cierta clasificacion aparente, procediendo por síntesis caprichosas, salpicado de juicios mu-

(1) Es decir, un obispo, un gastrónomo, una fiera y un demagogo; retratos que, *reunidos*, forman un tomo de las *Semblanzas* de Castelar.

chas veces poco exactos pero siempre brillantísimos; todo esto iluminado por el rayo de las tormentas, por la erupcion de los volcanes, por los colores del íris, por las rosadas tintas de la aurora, por los vislumbres del mediodia, por los plácidos destellos del ocaso, por el fulgor de las estrellas y por el tibio rayo de la luna; todo esto, perfumado con la esencia de las rosas y la fragancia de las magnolias; todo esto, armonizado por el bramido del trueno, por el suspiro del aura y el trinar de los ruiseñores... forma esos períodos elocuentísimos que, elevándose en vaporosas plateadas gasas, afectando gallardas formas, despidiendo una luz centelleante, caen desde la altura sin dar lugar á la reflexion, sin dar lugar al oido, dando solo lugar á los aplausos; espumosa y revuelta catarata, que cuando se la mira á distancia conveniente, cuando se la mira despacio, se ve que salta por abismos, que no sirve para el riego, y que al despedir sus líquidas perlas, cada burbuja encierra un insecto,

cada gota gentil miente mil soles (1).

«Grande escasez de entendimiento, dice Castelar, tie»nen aquellos que no comprenden la relacion de las ideas »con los hechos y de los hechos con las ideas.» (2) Conocidas, pues, las ideas de Castelar, júzguese lo que serán en sus aplicaciones prácticas.

Todavía cuando se ciernen en la esfera de las abstracciones, revestidas de una aparatosa elocuencia, cuajadas de flores retóricas como cuajan las mujeres con pintados estambres y abalorios la agujereada urdimbre de un ca-

(1) *Campoamor.*
(2) *Castelar.* Discurso de 19 de Octubre de 1871.

ñamazo, todavía, digo, afectan cierto aire de bondad que atrae y cautiva; pero cuando tocan en la tierra, cuando se las lleva á la aplicacion, aparece con evidencia desengañadora todo lo que encierran de desastrosas; viniendo á semejarse en este punto á las chispas de la electricidad atmosférica, que, cuando cruzan de nube á nube, divierten la vista con su rápido restallido y su exhalacion fosforescente; pero cuando bajan á la tierra es para traer la asfixia, la muerte y los incendios.

No hay que dudarlo: cuando el órden intelectual y metafísico se deshace en ruinas por el ariete de los demoledores, sus escombros van rodando á sacudir los cimientos del órden social y el órden social se estremece. «En »el fondo de toda cuestion política hay una cuestion reli»giosa (1), ha dicho Castelar, plagiando en esta parte *al sofista* Donoso.»

Así la doctrina de Hegel, que Castelar siguió en sus lecciones; la doctrina que quiere reunir las antinomias de Kant en una *armonía superior*, en una síntesis suprema; la doctrina que pretende conciliar el ser y el no ser, resolver todas las contradicciones y confundir todos los séres en *lo absoluto*, ha dado de sí, en manos de Proudhon, sus disolventes dogmas socialistas. Así tambien cuando se dice, como Castelar lo dice, que el hombre, «hijo de la naturaleza, creó la religion de esta »su madre, religion ingénua, candorosa, que tenia toda la »inocencia de la niñez,» y subió despues por medio de una revolucion «digna del espíritu humano» á « fundar »la religion del hombre,» hasta que por la aspiracion del

(1) 24 de Octubre de 1871.

hombre al infinito «debió (1) descender del cielo reve»lado por Dios al cristianismo;» cuando se aplica de este modo á la religion la ley del progreso por medio de esas transiciones en que «el término que se desvanece se da la »mano con el término que sobreviene;» y cuando además se profesa la creencia en el *progreso indefinido*, hay que admitir la infinidad de los términos, la no conclusion de la série, el ulterior progreso de la religion, pues el Cristianismo no será, segun esto, más que una de las *gradaciones lentas y sucesivas*. «El mal está, ha dicho Donoso Cortés, en que el nuevo Evangelio del mundo se está escribiendo quizás en un presidio. El mundo no tendrá sino lo que merece cuando sea evangelizado por los nuevos apóstoles.» «El árbol del error parece llegado hoy á su madurez; plantado por la primera generacion de audaces heresiarcas, regado despues por otras y otras generaciones, se vistió de hojas en tiempos de nuestros abuelos, de flores en tiempos de nuestros padres, y hoy está delante de nosotros y al alcance de nuestra mano cargado de frutos. Sus frutos deben ser malditos con una maldicion especial, como lo fueron en los tiempos antiguos las flores con que se perfumó, las hojas que le cubrieron, el tronco que las sostuvo y los hombres que le plantaron. Si la sociedad no condena unos errores (los sociales) como consecuencias, y otros (los religiosos) como premisas, con una condenacion radical y soberana, la sociedad, humanamente hablando, está perdida.» (1)

Volvamos á Castelar. «La tribuna, la palabra, la pro»paganda, le entusiasman.» (2) Ahora bien, ¿á quién se

(1) Carta al Emmo. Sr. Cardenal Fornari.
(2) Discurso. 23 Junio 1871.

pues guarda la parte quizás más rica y más preciosa de la herencia comun de los humanos.

He dicho que el pueblo, olvidado de Dios, el pueblo rodeado de cortesanos lisonjeros, se convierte en tirano. La prueba de que al decir esto no aventuro nada, es que «muchas veces (1) el demócrata más seguro de la verdad »de sus doctrinas, más impulsado por el desinterés, pre»gunta á su conciencia... si será cierto que el pueblo lle»ga á ser el más temible por lo mismo que es el más »irresponsable de todos los tiranos; si será cierto que, »cambiante y tornadizo como las olas del mar, sumerge »hoy sin razon al mismo que ayer elevara sin mereci»mientos... si será cierto que un enemigo del pueblo en »el fondo del alma le seducirá y arrastrará fácilmente por »los excesos del lenguaje y por la falsedad de las pro»mesas; si será cierto que nada hay tan fácil como enga»ñar á los pueblos, ni nada tan difícil como dirigirlos; si »será cierto que toman el atrevimiento por valor, la gar»rulería por elocuencia, la destemplanza por razon...» etc., etc., etc.

Pero ¿es Castelar uno de esos cortesanos de la tiranía del pueblo, autores de su perdicion al mismo tiempo? Hemos dicho que siempre le ha hablado de libertad. «Hay en el hombre, dice (2), una facultad por la que es »verdaderamente hombre y rey de la creacion; facultad »que es á la naturaleza lo que el centro de gravedad á los »cuerpos, lo que la ley de atraccion á las esferas; facul»tad que se empeñan en ocultar á nuestros ojos los que »tienen un gran interés en aherrojarnos y envilecernos;

(1) *Castelar*. 18 de Setiembre de 1872.
(2) *Lecciones*.

»facultad que ningun hombre puede dejarse arrebatar, »porque tanto valdria mutilarse horriblemente; la li»bertad.»

Bien se ve que la libertad de que aquí se habla es la puramente moral, en cuya virtud nos determinamos á obrar por nosotros mismos; cuya existencia es tan indudable, tan evidente, que para probarla no habria sino hacer lo que aquel filósofo que, para probar el movivimiento, se paseaba. Lo peregrino es que, siendo esto así, Castelar dice que «se empeñan en ocultarnos esta »facultad los que tienen un gran interés en aherrojar»nos y envilecernos;» y yo no sé de nadie que se haya empeñado en semejante cosa, como no sea aquel *gran filósofo*, Kant, que hizo de *la causalidad y la libertad* una de sus *antinomias*. Para hallar la clave de este enigma, es preciso ir más adelante y ver que, por más que lo diga, no habla Castelar de la libertad como *facultad*, segun su lenguaje, sino de la libertad revolucionaria, de la libertad «en todas sus manifestaciones, en »todas sus consecuencias.» «Para mí, dice (1), Grecia es »tan hermosa, tan inspirada, tan artista y tan grande, »porque Dios la destinaba á ser en el mundo la primer »revelacion de la idea de la personalidad humana, de la »idea del derecho, de la idea de libertad, si bien su re»velacion fué imperfecta; idea de derecho, idea de li»bertad que, vivificada despues por el espíritu divino »del Cristianismo..., produjo con su aliento las tempes»tades de las revoluciones modernas (!) y despues las se»renó con blandas auras para que impulsaran á la tierra »suavemente en su carrera triunfal hácia el progreso, y

(1) *Lecciones.*

»levantada hoy sobre sus trofeos, sobre la imprenta y la »tribuna libres...» etc., etc.

Hé aquí ya descubierta la libertad que Castelar practica, y que *se empeñan en ocultar* sus adversarios: la libertad del mal, la libertad en todas sus aplicaciones, porque «el ser liberal (1) consiste en aceptar la libertad »con todos los inconvenientes que tenga, con todos los »obstáculos que oponga, con todos los errores que »siembre.»

Es verdad que el pasaje citado, en que habla del destino de Grecia, lo mismo que en otros que pudiéramos citar, la idea de libertad aparece unida con la idea de derecho; pero en ese caso, ¿cómo admitir esas libertades, máscaras las más veces de tiranías abominables, y que consisten en admitir el error al palenque, dar por buenas sus armas y dejarle esgrimirlas? ¿Acaso hay derecho contra el derecho? ¿Hay derecho contra la verdad? ¿Tiene el error derechos?

La libertad no es, como Castelar díce (2), «la corona »centelleante y esplendorosa del hombre,» sino el medio que Dios le ha concedido para caminar en busca de otra corona más esplendorosa y centelleante, la corona del bien, á el cual tiende el alma como al polo de su navegacion por el mundo, en el frágil esquife de la carne. Ahora bien; á no ser que la sociedad tenga un fin antitético al de los individuos, si ha sido instituida para ayudar á estos en la prosecucion de la felicidad y del bien, claro es que las garantías sociales no podrán en modo alguno ser reclamadas en justicia por aquellas

(1) *Castelar.* Discurso, 19 Octubre 1871.
(2) *Lecciones.*

fuerzas materiales ó morales que sean una rémora, un obstáculo, una contradiccion en el camino de la suprema felicidad humana. La libertad del árbol consiste en poder levantar sus ramas en busca del calor y la luz que necesita para cubrir su vistosa copa de flores; la libertad del ave consiste en poder desplegar sus alas para remontarse al cielo sin que se lo impidan los hierros de una jaula; la libertad del hombre consiste en que *el medio social* (por usar el lenguage corriente) no contenga elementos contrarios, sino favorables, al medio que nos hace dignos de conseguir nuestro fin; en que el órden social no sea una antinomia del órden moral.

César Cantú, en un precioso libro que tituló *Buon senso e buon cuore*, escribió estas palabras (1): «libertad »es poder ejercitar todas nuestras facultades, segun la »justicia y la religion. Libertad política no es aquella »segun la cual ninguno obedece, sino aquella segun la »cual ninguno se sustrae á la ley... Nosotros no llamare»mos libertad el poder con las palabras y con los escri»tos insultar, escandalizar, deshonrar, decir mal de to»dos los superiores, desacreditar todos los actos de la »autoridad, difundir el descontento. No es libertad el »encargarnos de negocios que no comprendemos, ó que »no nos corresponden, ó de actos de los cuales no en»tendemos ser responsables. No es libertad aquella que »hoy grita *pueblo, pueblo*, y quita en tanto al pueblo el »sol que le iluminaba y consolaba, quitándole á Dios; »por lo que, ofuscado el entendimiento por doctrinas »perversas y corrompido el corazon, se hace esclavo de »los fuertes y de los intrigantes. Busquemos nosotros la

(1) *La buona política.*

»libertad bajo la mirada de la ley, la ley bajo la mirada »de Dios.»

La prueba de que Castelar ha defendido la libertad del mal y no aquella verdadera libertad de que venimos hablando, está en que hoy que *su libertad* ha fructificado, hoy que ha dado sus frutos mortales aquella libertad que Castelar acepta *con todos los errores que siembre*, Castelar se acoge á la ley, como el pájaro al árbol en la deshecha borrasca; Castelar defiende (1) proposiciones en que se «excita el celo de las autoridades competentes »para que dirijan á las Córtes los procedentes suplicato»rios para procesar á sus antiguos amigos;» Castelar dice que «es necesario que el castigo cargue sobre todos los »culpados;» Castelar olvida (2) «que las facultades inhe»rentes á la personalidad humana ni pueden ser cohibi»das, ni pueden ser limitadas; porque si se cohiben, »porque si se limitan, la razon de la existencia social y »de su necesidad desaparece; la ley es una cadena, el »gobierno un verdugo, la justicia una iniquidad, los tri»bunales conciliábulos, y todo castigo un crímen.»

¿Quién se lo habia de decir á Castelar, á él que tanto ha hablado contra los eclécticos, que habia de plantear el problema social con la misma fórmula de los eclécticos? «Yo (3) quiero que la república se robustezca, tomando »aquellas dotes de gobierno que los partidos conservado»res tienen, y con cuya virtud nos han vencido siempre »y nos han eliminado de la vida pública en toda Euro»pa... Yo lo que he querido es que el partido republica-

(1) *Castelar*. 30 Julio de 1873.
(2) *Castelar*. 6 Noviembre de 1871.
(3) *Castelar*. Discurso 30 de Julio 1873.

»no fuera, como profeta ayer, político hoy; partido de »idea ayer, y partido hoy de accion; partido de oposicion »ayer, y partido hoy de gobierno; y que al llegar aquí »se trasformara, tomando como en su Thabor la natura»leza de los hombres de Estado y de los partidos destina»dos al mando, sin dejar por eso la fidelidad á sus ideas.»

Y decia Martinez de la Rosa: (1) «Desacreditados los »partidos extremos, solo se ocupa la generacion actual »en resolver el problema más importante para la felici»dad del linaje humano; ¿cuáles son los medios de her»manar el órden con la libertad?»

¿No es verdad que ambos dicen lo mismo? ¿No es verdad que ambos dicen un absurdo? ¡Hermanar el órden con la libertad! Pues qué, ¿es posible separarlos? ¿No están esencialmente unidos? ¿No hay órden? Pues es que vuestra libertad es todo ménos libertad.

¿Lo duda Castelar? ¿Lo niega? ¿Cree que no dice lo mismo que el autor del *Estatuto*? Pues tirios y troyanos, intransigentes y conservadores creen lo que yo digo. Los primeros, por medio de su órgano más reconocido, han dirigido á Castelar tremendas acusaciones, terribles cargos que yo no quiero repetir, y han concluido por decirle: (2) «No podemos seguir al *difunto Castelar*; se fué »á otro mundo, al mundo de los ricos, al mundo de los »explotadores, de los tiranos y de los miserables.» Esto dicen los intransigentes. ¿Y los conservadores? ¡Ah! Estos no dicen, pero hacen. ¿Se acuerda Castelar de aquel (3) «constante y tenaz doctrinario, conservador

---

(1) *Espíritu del siglo.* Introduccion.
(2) *Justicia Federal.* 7 Agosto 1873.
(3) *Castelar.* 31 Mayo 1872.

»por conviccion si no por temperamento, que olvida con »frecuencia el carácter del Código fundamental, el con- »cepto sobre que nuestras instituciones se fundan, y que »acostumbrado á presidir Córtes del antiguo régimen, »olvida ó desconoce que un artículo de la Constitucion »contiene el derecho de libre pensamiento y de libre »conciencia, y que otro artículo de la Constitucion con- »tiene el derecho de libre sufragio, y que otro artículo »de la Constitucion concede á los diputados el derecho »de proponer en todo tiempo la reforma, y al Congreso »el derecho tambien de decidir y acordar las reformas »constitucionales?» ¿Recuerda Castelar que un dia (1) en que él dijo en las Córtes con acento de conviccion pro- funda: «yo no regresaré nunca á las ideas sanas, segun »las entienden los partidos conservadores,» *ese conser- vador*, *ese doctrinario*, el pontífice del moderantismo, el Mirabeau de los conservadores, que casi habia llama- do á Castelar demagogo, le dijo al oir lo del regreso: «*¡Qué sabemos!*» Pues ese mismo conservador, ese mis- mo doctrinario, «agradeciendo (2) en cuanto vale su »evidente defeccion desde el campo del pueblo al de la »clase media,» «al unirse (3) en estrecho abrazo con él «(¡con Castelar!) despues de su último discurso, confun- »dió sus grises cabellos con sus cabellos desparcidos; »tocó su frente con su frente, y no pareció sino que en »aquel abrazo recibia el uno algo de perdon por el pa- »sado, y el otro algo de sentimiento, algo de esperanza »para el porvenir...»

---

(1) 17 Noviembre 1871.
(2) *Justicia Federal.*
(3) *El Imparcial.* 31 Julio 1873.

Y á propósito de su último discurso. ¡Qué cruel estuvo Castelar con los cantonales! ¡Qué acusacion! «Acusacion »elocuentísima (1) y por lo mismo todavía más censura»ble. La elocuencia es de suyo tan generosa, que no pue»de ser acusadora, ni en justicia, sin degenerar en cruel. »Por eso la elocuencia ha nacido para la defensa. La acu»sacion elocuente aparece siempre como una monstruo»sidad.»

Dice Castelar hablando de las *jornadas de Julio* (2): «Olvidar que la república se habia constituido por una »revolucion; que en las épocas revolucionarias, los ensa»yos de ideas, aun falsas y utópicas, son inevitables, for»zosas las conmociones; que la acusacion de unos contra »otros no traia más que la debilidad de todos, era, sin »resucitar sus grandezas, los errores de la Convencion, »inmolando los republicanos para que apareciera sobre »sus cadáveres la siniestra sombra del imperio; y ya que »estamos penetrando en estas fases sombrías de la vida »de Favre, no olviden los hombres políticos, sea cual»quiera su escuela ó su partido, cuán caras se pagan »siempre las inconsecuencias.» Nada escribiré yo junto á frases tan elocuentes: diré solo, en honor de la verdad, que... *de te ista fabula narratur*.

Castelar en su último discurso, descubriendo (3) «al»go de aquella sublime desesperacion elegiaca de Donoso »Cortés,» decia: (4) «Pues qué, ¿no advertís este fenóme»no, señores diputados, el fenómeno de que los partidos »republicanos avanzados, á los cuales pertenecemos nos-

(1) *Castelar*. Semblanza de Favre.
(2) Id., id., id.
(3) *Castelar*. Discurso de 6 de Noviembre de 1871.
(4) *Castelar*. 30 de Julio de 1873.

»otros, pasan como unos meteoros por todos los horizon-»tes de Europa? Reinan (?) algunos meses en Italia, un »mes en Viena, mes y medio en Francfort, un año ape-»nas en Francia, algun tiempo en España, y luego des-»aparecen como un cometa sangriento, no ahuyentados »por sus enemigos, sino ahuyentados por sus pasiones, »por sus errores, por su intemperancia, y sobre todo por »sus insensatas revoluciones contra sí mismos, que son »su muerte.»

¡Y Castelar quiere *que desmintamos esta ley histórica!* Pues qué, ¿las leyes históricas se desmienten? ¿Y el *órden lógico?* ¿Y la *dialéctica incontrastable?*

Pero añadia Castelar despues de pasearse por entre «hileras de patíbulos» y «cabezas lívidas de patriotas ase-»sinados,» cosa más propia de novelas á cuarto el pliego, que de su grandilocuencia: «eso (1) está tan lejos como »los horrores de Tiberio y Neron; porque antes que con-»sentir á D. Cárlos, en el fondo del mar se hundiria Es-»paña.» Pues qué, ¿el carlismo es un «partido repu-»blicano,» de esos que están «condenados por una ley »histórica á pasar como un meteoro?» Y entonces, ¿á dónde se quiere ir el Sr. Castelar? Yo no lo sé; porque él dice, que «no ha querido que la república se afiance por »los partidos conservadores,» y el caso es que todo pare-ce anunciar que se va á donde están los que «han reali-»zado todo lo que los republicanos han defendido;» todo parece anunciar que Castelar se *cimbrea.* ¡Lástima que vaya «á *cimbrearse* como el sauce solitario sobre la losa »de un sepulcro!» (2)

---

(1) 30 de Julio de 1873.
(2) *Castelar.* 23 de Junio de 1871.

«Lo mismo (1) nos asfixiamos en el oxígeno puro, que »en el puro ácido carbónico,» ha dicho Castelar. Pero sus antiguos amigos recuerdan que «los peligros de las »ideas se evitan descargándolas con el para-rayos de la »libertad;» (2) recuerdan aquello de «la democracia de las »tres mentiras, de las tres blasfemias,» frase que Castelar tomó (3) del *sofista* Donoso; recuerdan aquello de que «nosotros tenemos definidas, explicadas y formuladas »nuestras ideas, buenas ó malas, y no transigimos con »nada que no sea ese ideal;» (4) y recordando todo esto, llaman á Castelar lo que diz que le llamaron los slavos: «demócrata puramente formalista; republicano puramen»te platónico.» (5) Esto le llaman, y siguen creyendo á Castelar *muerto para la república.*

Pero ¡oh poder de la elocuencia! Bien dijo él, «que las »barricadas eran los cráteres de las ideas.» (6) Sus ideas viven: el cañon Krupp que Castelar echó de ménos para usarle por garganta en la plaza de toros de Valencia, ha dejado oir su voz elocuente, elocuentísima, en el eden de la sultana del Túria, y *el cadáver de Castelar*, galvanizado por el sol meridional, ha entrado, como el del Cid, en Valencia, ganando victorias, si no tan gloriosas, tan sangrientas, por lo ménos, como las de la tizona del Campeador.

«Desde Rosas hasta Cádiz y Huelva, por todos aque»llos litorales y costas, donde se extienden las huestes

---

(1) 21 Diciembre 1872.
(2) *Castelar.* 21 Abril 1871.
(3) *Castelar.* 22 Junio 1871.
(4) *Castelar.* 23 Junio 1871.
(5) *Castelar.* 19 Octubre 1871.
(6) *Semblanzas.*

»más compactas, más numerosas, de la causa republi»cana,» (1) se han verificado los mismos *milagros*, los mismos *prodigios;* en la industriosa ciudad de Alcoy, en *aquella colmena de trabajadores*, ha habido algo, y aun algos, de lo mismo; pero... (2) «¿atenta *La Inter»nacional* á la seguridad del Estado? ¿Dónde están, se»ñores diputados, sus sublevaciones? ¿Dónde están sus »guerras? ¿Dónde está su actitud belicosa y revoluciona»ria?» «Yo (3) no comprendo por qué esos ataques hoy á »la república francesa, á la que ha bombardeado á Roma, »á la que ha quemado á París.»

Indudablemente Castelar ha muerto, ó se hace el muerto. Yo me inclino á creer esto último; *creo estar en el secreto*. Y el secreto, que es una especie de secreto á voces, consiste en que, como decia en sus discursos en San Quintin el caballero Leon Gambetta, personaje «cuyo »talento (4) sabe volar con abiertas alas por el cielo y »andar con paso firme y seguro por la tierra,» «es pre»ciso no dar jamás su opinion sino como un medio de fa»vorecer el bienestar moral, y hacer para nuestro fin par»ticular una especie de *memento* en que se apunten las »instituciones que tiene derecho el pueblo á esperar de la »república democrática, para reclamarlas.»

Castelar, pues, se hace el muerto; pero, cuidado con eso, Sr. Castelar; acordaos de lord Broughan, aquel «eminente crítico y orador elocuentísimo.» Vos nos lo contásteis (5): quiso anticiparse el juicio de la posteri-

---

(1) *Castelar*. Discurso en Alicante, 18 Setiembre 1872.
(2) *Castelar*. 19 Octubre 1871.
(3) 23 Junio 1871.
(4) *Castelar*. Semblanza de Gambetta.
(5) 22 Junio de 1871.

dad, se hizo el muerto; pero alguien que descubrió el lazo publicó lo siguiente para mortificarle: «Lord Brou»ghan ha muerto: se creia un gran escritor, se creia un »gran orador, y no era más que un grande majadero.»

«Cuando yo estaba allí, decia hace poco Castelar seña»lando á la izquierda de la Cámara, desde *aquella emi»nencia* podia descubrir el ideal que tanto se presta á »la oratoria, y aquí abajo (señalando al banco azul) solo »descubro las tristezas de la realidad, que se prestan bien »poco, señores, á los afeites del arte.» Hoy ya no ocupa aquel banco *lleno de tormentos* (1), y sin embargo, los *hoyos* que hay en el camino de la república distraen su mirada «que abarcaba todo el cielo del pensamiento.»

¡Y cuánta gloria brindaba ese cielo vestido del color de la esperanza! «Ciudadanos: nosotros queremos la re»pública, pero además, y debemos advertirlo para que »nadie se equivoque, la república que queremos es la »república federal, que es como si dijéramos miel sobre »hojuelas.» Así decia Castelar en 1872, allá, al compás de las parleras ondas del Guadalquivir, en la poética ciudad que oyó los suspiros de su *Dalanda*. «Por eso la »república, añadia en Alicante, es el equilibrio de las »fuerzas contrarias, la síntesis de los principios antité»ticos, el verdadero y único régimen de gravitacion so»cial, con procedimientos tan eficaces y tan sencillos »como los procedimientos mismos de la naturaleza.» «Entonces, con un gobierno democrático, habia dicho »en el Circo de Price, sí que aboliriamos la contribucion »de consumos sin necesidad de sustituirle otras contribu»buciones onerosas; entonces sí que desestancariamos la

(1) 30 Julio de 1873.

»sal y el tabaco, cuyo aumento de precio ha sido uno de »los mayores peligros corridos últimamente por el órden »público; entonces sí que podriamos, por la destruccion »de las trabas mercantiles, llegar á acrecentar el rendi»miento de las aduanas, hasta el extremo de que fuera »absolutamente inútil ese gravosísimo presupuesto cen»tral que en último término da un premio, no al traba»jo, sino á la ociosidad, y crea una aristocracia pobre »atenida al sueldo y pronta á servir á todas las revolu»ciones y á todas las reacciones, con tal de que los go»biernos le conserven su pitanza. Y ved, señores, cómo »podriamos de esta suerte resolver ese pavoroso proble»ma social, cuya fórmula definitiva no tiene ninguna es»cuela.»

Y ¡cuántos aplausos llovian sobre Castelar cuando entonaba uno y otro ditirambo para anunciar esta *áurea ætas* más dorada que la de las églogas virgilianas! ¡Cómo le ensalzaban sus amigos! Y hoy—¡ingrato!—pide que «el castigo cargue sobre todos los culpados, pero »especialmente sobre los de alta dignidad y jerarquía (1). Es verdad que «aquellas (2) penas personales y aflictivas »que se hayan de aplicar para los que se subleven, las »aplicarán los tribunales competentes y no la Cámara, »que ni castiga ni amenaza, ni hace más que, como po»der legislativo, excitar el celo del poder judicial para »que los preceptos de la ley se cumplan;» es verdad todo esto, pero... «sabe muy bien el Sr. Manterola (3), y lo »ha indicado esta tarde, que la Iglesia se defendia de

(1) *Castelar*. 30 Julio 1873.
(2) Id., id., id.
(3) *Castelar*. 12 Abril 1869.

»esta gran mancha de sangre, que debia olerle tan mal »como le olia aquella célebre sangre de lady Macbeth, »diciendo: «Nosotros no matábamos al reo; le entregá- »bamos al brazo civil.» Pues esto es lo mismo que si el »asesino dijera: «Yo no he matado; quien ha matado es »este puñal.» ¡La Inquisicion, señores, la Inquisicion era »el puñal de la Iglesia!» ¿No dirán los intransigentes que los tribunales son el puñal de la mayoría, cuya ninfa Egeria es Castelar?

Y ¡cuidado que estos intransigentes son el mismísimo diablo! Castelar conocia á todos los de Europa; él habia defendido todas sus calaveradas; él conocia *La Internacional*; él estuvo en aquella taberna *políglota* (1) de Ginebra donde se celebró el primer *Congreso*; él ha hecho (2) el retrato de uno de los patriarcas del socialismo con los colores que Donoso Cortés hizo el de O'conell; y entre tanto ellos, los muy botarates, no contentos con cometer tanto desaguisado, no satisfechos con tanto elogio, con tantos prodigios de elocuencia hechos por defenderlos; no contentos con poner en terrible aprieto la sociedad, la patria, la propiedad, la familia, cosas todas que podrian *paliarse*, van nada ménos que ¡á comprometer *el nombre de Castelar*, «un nombre (3) querido »en Europa,» «un nombre querido en América,» «un »nombre que está indisolublemente (?) unido á la repú- »blica,» un nombre que casi es la república, porque Castelar casi puede decir «*la republique c'est moi!*» Pues qué, ¿no hay más que *cantonearse*, cuando basta Caste-

(1) Véase su discurso de 19 Octubre de 1871.
(2) Id., id., id
(3) *Castelar*. 30 Julio 1873.

lar para *encantarnos*, y sobre todo, cuando Castelar *quiere* ser español, hablar á lo Cervantes, recitar los versos de Calderon... etc., etc., etc.?

¡Ah, Sr. Castelar! ¿Cómo quereis conservar todos estos gloriosos recuerdos; cómo quereis conservar todas estas hermosas tradiciones; cómo quereis conservar todos estos timbres preclaros para el Estado español, si este Estado no puede tener recuerdos, tradiciones ni timbres, puesto que el Estado español es un *desalmado*? Y si no... «¿tiene el Sr. Manterola la bondad de decirme en qué »sitio del Valle de Josafat va á estar el dia del juicio el »alma del Estado que se llama España?» (1)—Y ¿qué extraño es que un cuerpo sin alma se descomponga? ¿Qué extraño será verle pasto de gusanos?

¡Grandes responsabilidades pesan sobre Castelar! ¡Grandes responsabilidades sobre su palabra! Es cierto que, segun él, «al génio (2), á sus inspiraciones, á su »exaltacion, á la bella manera con que expresa las ideas, »todo se le perdona;» pero tambien ha dicho «que una »gran palabra (3) no se quiere para enseñarla como en»seña una cortesana un collar de perlas y diamantes,» y que «el escritor (4) y el orador deben saber que sus pa»labras encierran lluvias de ideas y que las ideas engen»dran los sentimientos populares.»

«Si le decís (5) al pueblo que le pertenece la sobera»nía, no extrañeis que la reserve para sí ó que la recla-

---

(1) *Castelar*. 12 Abril 1869.
(2) *Castelar*. Semblanza de Emilio Ollivier.
(3) *Castelar*. Semblanza de E. Girardin.
(4) *Castelar*. Semblanza de Napoleon III.
(5) *Castelar*. Semblanza de Gambetta.

»me cuando crea que, en vez de su soberanía verda»dera, le dais una autoridad irrisoria.»

Si vosotros, entre la fé y la libertad, le habeis enseñado á «optar por la libertad,» ¿cómo quereis que reconozca freno alguno á sus pasiones? Vano será, cuando estas se desencadenen, que busqueis el apoyo de los que, como aquella *esforzada y no forzada* (1) de la ínsula Barataria, no tienen fuerza para defender la honra y la tienen para defender la bolsa. A estos los ha condenado, mucho tiempo hace, el sentido moral por la boca de Sancho. Cuando esas tempestades rugen, «en vano para »conjurarlas (2) se reunen en consejo los prudentes y »los hábiles; el huracan que viene rebramando pone »en súbita dispersion á su consejo y se lo lleva junta»mente con sus conjuros.»

Sin aquella fé postergada en su terrible *antinomia*; con «el Dios de su razon (3), cuyo culto no ha interrum»pido ni un minuto en su vida;» sin la religion, que es el único lazo que no puede convertirse en dogal nunca; con la democracia, que, segun Proudhon (4), es la envidia; sin la *verdad*, que es la única que *hace libres*, no podrá Castelar ser nunca lo que debiera; cada contradiccion le llevará á otra contradiccion; cada inconsecuencia á otra inconsecuencia; la corriente le arrastrará en su empuje; creyendo ser *conductor*, será *conducido*; y el dia del remordimiento, que nunca tarda, será terrible para su conciencia.

Si Dios le ha otorgado la imaginacion creadora que

---

(1) *Cervantes*. D. Quijote.
(2) *Donoso Cortés*. Carta al Emmo. Sr. Cardenal Fornari.
(3) *Castelar*! Alicante 18 de Setiembre de 1872.
(4) Citado por Mons. Segur.

reviste de galanas formas pensamientos altísimos; si posee una palabra templada en la fragua de la elocuencia; si siente en el corazon esos generosos impulsos que perfuman los labios y coloran la palabra; si le entusiasma ese ministerio nobilísimo que Dios á pocos concede; si sabe, en fin, pulsar la lira, empléela, como Orfeo, en limpiar la tierra de mónstruos; busque para templarla el acorde del bien y la verdad; que no se mire á sí misma, como Narciso, en la tersura de las aguas; que no tome por cielos los engañosos espejismos de delirantes teorías, y Dios le bendecirá, la historia escribirá con oro su nombre, y todos podrán, sin que les detenga la conciencia, exclamar con el placer del que hace justicia: *Castelar es una gloria española.*

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

BOOK DUE-WID

NOV 2 3 1973

CANCELLED

NOV 1 1973